

nuevamente soledad

La soledad andaba nuevamente de visita.

Andrés Alberto Arias estaba sentado en el borde de la cama. Miraba la pared fría blanca, desnuda. Tal como la había encontrado, hacía pocos meses, cuando llegó por primera vez a aquel apartamento después de su retorno al país. El trabajo de su padre lo había obligado a crecer lejos de los suyos. Y ahora, que ya era un adulto y que por fin estaba de vuelta cerca de lo suyos... se sentía más lejos que siempre.

Empezó a revisar el contenido de su billetera, sin ninguna intención determinada. Esas cosas que le ocurren a uno cuando no se tiene nada que hacer. En esas estaba, cuando encontró el papel arrugado donde su abuela le había anotado, hacía una semana, el número telefónico de Ana Angélica Araya... la Anita Angélica

La Anita Angélica respondía a su pasado, a su niñez. Recordaba bien aquellos años. Esas maravillosas vacaciones, en que sus padres lo mandaban de vuelta a su país a visitar a los abuelos. La Anita Angélica vivía en la casa de al lado. Era la hija de los vecinos. Había sido su gran compañera de juegos, su compinche, su cómplice. Se la pasaban jugando todo el verano. Jugaban a las "ocurrencias increíbles"... que un día eran espías, luego policías, vaqueros, amantes furtivos, asaltantes de banco o lo primero que se les ocurriera. Se la pasaban tan bien que terminaban revolcándose por el piso de la risa. ¡Que tiempos tan hermosos! Sobre todo, Andrés Alberto nunca había podido olvidar la voz de Ana Angélica... esa vocecita de niña, tan dulce, tan tierna, tan tersa, tan suave.

¡Que Época! La pasaban tan bien juntos.

Bueno, hasta aquella vacación en que él volvió y ella estaba distinta. Había cambiado. Había madurado. Ya no estaba para esos jueguitos tontos. Además, ella era mayor que él... tres meses.

Para Andrés Alberto, esto había sido muy duro. Eso, de llegar después de mucho tiempo, con toda la alegría de ver a alguien, con todas las ganas y... encontrarse con una pared fría, blanca y desnuda.

De hecho, Andrés Alberto, aun le guardaba un poco de rencor y quizás por eso, había mantenido, el numero en la billetera, toda una semana, sin animarse a llamar.

Se quedo mirando el papelito arrugado. Echó un vistazo alrededor a su soledad. Soltó un suspiro y agarró el teléfono... No podía ser peor.

El aparato sonó un par de veces y al otro lado, contestó una voz grave, sensual, una voz de mujer. Esa fue su primera sorpresa. Lo que él recordaba era esa vocecita de niña tan suavcita, tan tierna, tan dulce, tan tersa. Confirmó, que en efecto se trataba de la misma persona que buscaba y sacando su mejor voz de "hombre" le contó quién era, que su abuela le había dado el teléfono y que la llamaba "¡Eh!... no sé, para recordar viejos tiempos." Tal vez podrían verse uno de esos días y tomarse un café, para ponerse al día... "el jueves sería perfecto."

La cita sería en un bar, un lugar antiguo, bohemio, cargado de nostalgias y acostumbrado a reencuentros y desencuentros.

Él llegó unos minutos temprano. Entró y recorrió las mesas. No sabía, si la iba a reconocer, habían pasado más de trece años, ella debía estar muy cambiada... por lo menos su voz, se lo había dejado muy en claro.

Además, el recuerdo que él tenía, no era el más grato. La última vez que la había visto ella lucía un corte estilo garzón, acné, frenillos en los dientes y unos anteojos bastante gruesos para una niña de doce años.

Caminó las mesas reparando en todas las damas presentes, pero ninguna (o todas) se le parecían. "Bueno", pensó el, "me reconocerá ella, después de todo yo no he cambiado tanto". Eso creía él.

Se sentó en una mesa, mirando hacia a la entrada. Pidió una cerveza, abrió el periódico que había comprado expresamente para "disimular", y se puso a leer. Bueno... en realidad a hacer como que leía. Porque la ansiedad no se lo permitía.

Y estaba en esas. Cuando, de pronto, la vio entrar. A pesar de lo cambiados que estaban, se reconocieron inmediatamente. Ella estaba bellísima. Tenía el cabello oscuro, brillante largísimo. Llevaba un gabán negro hasta los tobillos. Sin embargo a través de la abertura del abrigo pudo adivinar unas caderas generosas, una cintura breve, unos senos pequeños... pero decididos.

Empezaron a ponerse al día al calor de una botella de buen vino.

Se contaron sus venturas, no sus desventuras, sus éxitos, no sus soledades. Se contaron sus sueños, sus anhelos... que seguramente estaban al girar la esquina.

Ella hablaba y hablaba. Él la escuchaba, pero había algo que no le cuadraba. Era su voz. No podía creer su voz... esa voz tan grave, tan sensual,... ¡Tan de mujer!

Hasta que lo entendió.

Por supuesto, estaban jugando, como en los viejos tiempos. Se vio trasladado trece o catorce años en el pasado .y se sintió travesando, una vez más. Jugando a “las ocurrencias increíbles”. Ya no a que eran policías, ni vaqueros o espías... Ahora jugaban a que eran jóvenes exitosos, bellos, indestructibles, con todos los sueños por delante.

El juego se puso mucho más entretenido después de la segunda botella. Sus dedos jugaron a encontrarse y acariciarse, sus sonrisas a provocarse, sus labios a invitarse.

Salieron del bar tomados de la mano y se fueron caminando por la fría noche. Iban riendo. Ella se veía muy segura. Él iba algo asustado. Ella lo invitó a su apartamento. Él acepto.

El lugar no quedaba lejos. Apenas entraron, ella le entregó una nueva botella para que la descorchara y le dijo que se iba ir a poner cómoda. A él, esto del vino y de ir a ponerse cómoda, ya le empezó a parecer como que un poquito cursi y presuntuoso. Pero en fin, era un juego y había que jugarlo.

Una vez descorchado el vino, Ana Angélica reapareció. Se había quitado las botas y el abrigo. Una luz tenue la envolvía. En medio de una sugerente tregua se aproximaron con suavidad. Sus miradas se entrelazaron con tremenda ternura. Sus alientos pregonaron un beso extenso, recóndito... un beso que pudo haber durado trece o catorce años. Luego, sus ropas le hicieron honor a un otoño lejano y renacieron... cuerpo a cuerpo, piel a piel, enmarañados en una caricia desesperada, necesitada, protectora, sedante, amante.

Al despertar, la mañana siguiente, una insolente luz atravesó la débil persiana y los asombró a la realidad. Fue ella quién rompió el silencio, “Quiero mostrarte algo” dijo. Se levantó de la cama y se dirigió hacia un pequeño escritorio.

Él, se entretuvo admirando su hermosa espalda desnuda mientras iba... y el resto cuando venía.

Ana Angélica había recogido en el escritorio, un cuaderno viejo y amarillento que resulto ser su diario de vida... su diario de niña. Se sentó en el borde de la cama. Lentamente lo ojeo, hasta que encontró la página que buscaba y empezó a leer.

Pero entonces, ocurrió lo mágico. Su voz cambió. Dejo de ser la voz sensual, la voz profunda, la voz de mujer y de entre sus labios brotó la fina, la dulce, la tierna voz de niña que el tanto recordaba... y leyó:

“11 de enero... Hoy, conocí a un niño nuevo... parece que viene de otro país, es nieto de la vecina... jugamos toda la tarde... y creo... creo, que estoy enamorada”.

Fue en ese preciso instante, que Andrés Alberto Arias comprendió, que el juego había concluido.